

El Evangelio *del* Reino de Dios

*"Jesús vino a Galilea predicando el evangelio
del reino de Dios, diciendo: El tiempo
se ha cumplido, y el reino de Dios
se ha acercado; arrepentíos,
y creed en el evangelio".*

—Marcos 1:14-15

Este folleto no es para la venta.

© 2015 Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional
Todos los derechos reservados. Impreso en EE. UU. Salvo indicación contraria,
las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Contenido

3 Introducción

Vivimos en un mundo lleno de malas noticias de toda índole. Las guerras, los desastres naturales, la delincuencia y el terrorismo inundan los titulares. ¿Que significa todo esto? ¿Por qué está el mundo en semejante estado? ¿Hay alguna esperanza real, considerando tan desalentador panorama?

6 Las buenas nuevas del Reino de Dios

Jesucristo trajo un mensaje llamado “el evangelio”, palabra que significa “buenas noticias”. Las Escrituras lo llaman “el evangelio del reino de Dios”. Entonces, ¿a qué se refieren exactamente estas buenas noticias, y qué relación tienen con un reino y con Dios?

13 La promesa de un reino venidero

Muchas personas no entienden claramente lo que es el Reino de Dios. Cuando examinamos cuidadosamente las Escrituras, la verdad se hace evidente: el Reino de Dios es literalmente un reino mundial que Jesucristo establecerá sobre la Tierra cuando regrese.

25 El evangelio de Jesucristo: Salvación en el Reino de Dios

Jesucristo afirmó ser el Mesías prometido, el “Ungido”. Pero, ¿qué significado tiene ese título? Jesús no solo fue designado como rey en el Reino de Dios, ¡sino también como el camino para que todas las personas tengan acceso a la vida eterna en ese reino!

32 ¿Cómo podemos entrar en el Reino de Dios?

La salvación, o vida eterna, es el tema central del evangelio. Jesucristo murió y fue resucitado para que pudiéramos recibir el don de la vida eterna en el Reino de Dios. Pero, ¿cómo podemos entrar en ese reino y recibir el regalo de la vida eterna que Dios ofrece?

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo ser. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Introducción

“... Cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios” (Lucas 21:31).

¡Nuestro mundo necesita desesperadamente escuchar *buenas* noticias! Los periódicos están llenos de malas noticias: las guerras y el terrorismo, el hambre que consume a países enteros, las catástrofes del medio ambiente, los desastres naturales que dejan miles de damnificados, la pobreza absoluta que se va apoderando de ciertas naciones, el crimen y la violencia que continúan incrementándose en nuestra sociedad. ¡La letanía de tragedias parece no tener fin!

Los accidentes y las enfermedades cobran muchas víctimas diariamente; y lo más irónico es que en las naciones tecnológicamente avanzadas, los adolescentes constituyen el grupo más afectado por las muertes violentas y los suicidios. Las drogas, la violencia, el abuso del alcohol y la promiscuidad sexual, que avanzan en forma inexorable, destruyen a su paso hogares, familias y las vidas de quienes viven en este desenfreno.



Los periódicos están llenos de malas noticias. ¡La letanía de tragedias parece no tener fin!

A pesar de los esfuerzos de los científicos, aparecen nuevas enfermedades que desafían todos los conocimientos médicos; y aquellas que parecían haber sido conquistadas desde hace mucho tiempo están reapareciendo con inusitada fuerza. En muchos casos, las enfermedades se han vuelto tan resistentes que los medicamentos que anteriormente las combatían ya no tienen ninguna eficacia.

Incluso la religión, que debería ser la fuente de soluciones definitivas para todos los males que nos abruman, también desempeña un papel muy

importante en todo el caos que estamos viviendo. Desde tiempos inmemoriales, las guerras y los conflictos armados han sido avivados por el fuego del fervor religioso; se hacen la guerra no solo los grupos religiosos tradicionales, sino también las diferentes facciones de una misma religión, compuestas por quienes son supuestamente devotos y seguidores del mismo Dios.

Está en juego nuestra supervivencia

Tan solo en el siglo xx, más de 150 millones de personas murieron a causa de la guerra y más de 100 millones perecieron debido a enfermedades y desastres naturales. Existe todo un arsenal de armas nucleares, químicas y biológicas con la capacidad de aniquilar grandes ejércitos y aun naciones enteras. Y cada día crece el temor de que grupos terroristas los utilizarán para lograr sus perversos fines.

¿Por qué vemos tanto dolor, tristeza y sufrimiento a nuestro alrededor? ¿Adónde nos conduce todo esto? ¿Por qué el mundo se encuentra en tan precaria situación? Con semejante caudal de malas noticias, ¿existe realmente alguna esperanza para la humanidad?

Hace cerca de dos mil años, Jesucristo, el Hijo mismo de Dios, anunció que luego de un período de tremendas calamidades mundiales vendría un tiempo maravilloso de paz y bienestar. Este anuncio, denominado el *evangelio* (que significa “buenas nuevas”), ¡son las *buenas noticias* que la humanidad necesita tan desesperadamente!

¿En qué consiste realmente el evangelio —*las buenas noticias*— que Jesús predicó? ¿Acaso es tan solo la maravillosa historia de su propio nacimiento, vida, muerte y resurrección? Desde luego, todo esto forma parte de las increíbles noticias del plan que Dios tiene para la humanidad (Marcos 1:1), pero el verdadero evangelio abarca muchísimo más que eso.

El mensaje de salvación

Lo que vamos a estudiar a continuación nos mostrará que el mensaje que proclamó Jesucristo va mucho más allá que simplemente decirnos que su vida y muerte ocurrieron para nuestra salvación. En su mensaje, Jesús nos explica el verdadero significado de la salvación y cómo quiere él salvar a la humanidad de todos los males que actualmente la agobian. El evangelio nos revela ¡que la humanidad fue creada con un propósito asombroso!

Es triste decirlo, pero el hombre ha reducido el evangelio a una historia que hace énfasis en la *persona* de Jesucristo, pero que pasa por alto la verdadera profundidad y magnitud del MENSAJE que nos trajo. Lo que Jesús anunció es realmente maravilloso; ¡son las noticias más extraordinarias que este mundo enfermo y angustiado pudiera recibir!

Una parte muy significativa del Nuevo Testamento ha sido dedicada al

relato histórico del mensaje que Jesucristo enseñó. Los cuatro primeros libros, conocidos como los evangelios, fueron escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Éstos nos muestran que el mensaje primordial de Jesús era *el evangelio del Reino de Dios*.

Marcos nos dice: “Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; *arrepentíos, y creed en el evangelio*” (Marcos 1:14-15). Jesús exhortó a todos sus seguidores a que *se arrepintieran* de sus pecados y *creyeran* su mensaje acerca del Reino de Dios venidero. El propósito de este folleto es ayudarle, apreciado lector, a comprender y a creer estas maravillosas noticias que Jesús anunció.

Las buenas nuevas del Reino de Dios

“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15).

Jesucristo vino como un mensajero, y el mensaje que trajo fueron las buenas noticias del Reino de Dios. Cuando leemos los escritos de Mateo, Marcos y Lucas, esto es algo que resalta claramente. En el Evangelio de Lucas encontramos las propias palabras de Jesús, quien describió su misión de esta manera: “Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque *para esto he sido enviado*” (Lucas 4:43).

Marcos nos relata que Jesús, al principio de su ministerio, “vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios” (Marcos 1:14).

El Evangelio de Mateo nos dice: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado . . . Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 4:17, 23).

En Lucas 8:1 encontramos la confirmación de que, efectivamente, Jesús cumplió la misión que le había sido encomendada: “Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios . . .”

Desde el comienzo, el mensaje acerca del Reino de Dios fue el fundamento y la esencia de las enseñanzas de Jesús. La expresión *Reino de Dios* se menciona más de 50 veces en los cuatro evangelios. Sin lugar a dudas, el mensaje que Jesús proclamó fueron las buenas noticias de este reino.

A otros se les encomendó divulgar este mensaje

En lo que se refiere a los discípulos de Jesús, ¿quién les ordenó que predicaran? “Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades. Y los envió a *predicar el reino de Dios*, y a sanar a los enfermos” (Lucas 9:1-2).

Más adelante, instruyó a otros para que ellos también proclamaran el

mismo mensaje: “Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir”. Les ordenó que anunciaran a la gente: “Se ha acercado a vosotros el reino de Dios” (Lucas 10:1, 9).

El tema central del ministerio de Jesús fue claramente el Reino de Dios. En su famoso Sermón del Monte, Jesús encaminó a sus seguidores hacia el Reino de Dios, diciendo: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos . . . Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5:3, 10).

Jesús les dijo que para entrar en ese reino era preciso que obedecieran la ley de Dios: “De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no

Otros nombres para el Reino

Aunque la expresión “reino de Dios” aparece frecuentemente en las Escrituras, también se designa con otros nombres.

En sus escritos, Marcos, Lucas y Juan emplearon el nombre “reino de Dios”; en cambio, la expresión “reino de los cielos” aparece solo en el Evangelio de Mateo. En más de 30 pasajes relacionados directamente con Jesucristo, Mateo escribió acerca del “reino de los cielos”; sin embargo, hubo ocasiones en que empleó indistintamente los términos “reino de Dios” y “reino de los cielos”. Por ejemplo, en Mateo 19:23-24 aparecen ambos nombres, lo que indica claramente que son sinónimos. “El significado de las formas ‘reino de Dios’ y ‘reino de los cielos’ es idéntico . . . puesto que los judíos frecuentemente utilizaron la palabra ‘cielo’ como una perifrasis respetuosa del nombre divino” (*The Interpreter's Dictionary of the Bible* [Diccionario bíblico del intérprete], 3:17).

Como dijo Jesús, el cielo es donde se encuentra Dios (Mateo 5:34, 45, 48). Al emplear la expresión “reino de los cielos” Mateo dejó muy claro para sus lectores que el Reino de Dios no es una monarquía humana

como los reinos de este mundo. Él sabía que el reino habría de venir y que los seguidores de Cristo deberían orar así: “Venga tu reino” (Mateo 6:10).

Por lo general, el apóstol Pablo utilizó el término “reino de Dios”. Pero reconociendo el papel de Jesucristo como Soberano de ese reino y como quien hace posible nuestra entrada en él, también lo llamó “el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:5). Y en Colosenses 1:13 expresó la profunda relación de amor que existe entre el Padre y Jesucristo al decir que Dios “nos ha trasladado al reino de su amado Hijo”.

De igual manera, el apóstol Pedro reconoció el papel central de Cristo en el reino y se refirió a éste como “el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:11). En la actualidad, Cristo es nuestro Amo y Señor, y será el Gobernante supremo en ese reino futuro (Apocalipsis 17:14; 19:16). Por ser el Salvador de la humanidad, Jesús es la “puerta” y el “camino” por el cual podemos tener acceso a Dios y recibir la salvación en su reino eterno (Juan 10:9; 14:6).

entraréis en el reino de los cielos” (vv. 19-20). También recalcó la importancia de someterse a la voluntad de Dios: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Cuando Jesús enseñó a sus discípulos a orar, les indicó que una de las peticiones más importantes debía ser: “Venga tu reino” (Mateo 6:10). También les mandó que buscaran “*primeramente* el reino de Dios y su justicia” (v. 33). Entrar en el Reino de Dios debe ser lo más importante en nuestra vida.

En muchas ocasiones él se valió de parábolas para ilustrar diferentes aspectos del reino (Mateo 13, 20, 22, 25; Lucas 13, 19). Pocas horas antes de su crucifixión, Jesús les dijo a sus discípulos que no volvería a participar de los símbolos de la Pascua “hasta que se [cumpliera] en el reino de Dios” (Lucas 22:15-18). Luego, después de su muerte y resurrección, Jesús se les apareció a sus discípulos durante 40 días y, según podemos leer en Hechos 1:3, continuaba “hablándoles acerca del reino de Dios”.

¿Cuál fue el mensaje que predicaron los discípulos de Jesús?

Jesucristo no fue el único que predicó este mensaje. Aun antes de que él comenzara su ministerio, Juan el Bautista había exhortado a las personas para que se arrepintieran, diciéndoles: “El reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2).

Como hemos visto, el tema principal del ministerio de Jesús era el Reino de Dios. Luego, después de su crucifixión, los discípulos siguieron sus instrucciones y continuaron proclamando aquel mensaje. Naturalmente, la vida, el sacrificio y la resurrección de Jesús eran aspectos muy importantes del mensaje que enseñaron los apóstoles. Por ejemplo, Pedro habló de estas cosas en el sermón que predicó el día en que comenzó la Iglesia con la milagrosa venida del Espíritu Santo (Hechos 2:22-24, 36).

Más adelante, Pedro ahondó en el tema del Reino de Dios. Por ejemplo, en 2 Pedro 1:10-11 leemos lo siguiente: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en *el reino eterno* de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

Nótese también que como resultado del mensaje que Felipe predicó acerca del Reino de Dios, muchas personas fueron bautizadas: “Cuando creyeron a Felipe, *que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo*, se bautizaban hombres y mujeres” (Hechos 8:12).

El apóstol Pablo también proclamó el Reino de Dios

¿Qué podemos decir acerca de Pablo? En el libro de los Hechos leemos que en los primeros años de su ministerio, mientras establecía congregaciones en diferentes ciudades, él fortalecía “los ánimos de los discípulos,

¿Hay diferentes evangelios?

La Escritura se refiere al evangelio del Reino de Dios de varias maneras. Por ejemplo, encontramos las expresiones “el evangelio de Dios” y “el evangelio de Cristo” (Romanos 1:1; 15:19).

El término “evangelio de Dios” simplemente hace referencia a que el mensaje tiene su origen en Dios, quien lo envió a la Tierra para que sus siervos lo anunciaran. El apóstol Pedro nos dice que Dios envió el evangelio por medio de Jesucristo, como lo podemos leer en Hechos 10:36-37: “Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; éste es Señor de todos. Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan . . .”

El evangelio de Dios son las buenas noticias que él tiene acerca de su reino venidero. El evangelio de Jesucristo son las mismas buenas noticias que él, como fiel mensajero de Dios, anunció. Hay un solo mensaje cuyos diferentes aspectos componen las maravillosas noticias de lo que Dios tiene reservado para la humanidad.

De la misma forma, el apóstol Pablo en algunas ocasiones hacía referencia a “mi evangelio” (Romanos 2:16; 16:25; 2 Timoteo 2:8). Esto no quiere decir que el evangelio se originó con Pablo ni que era un mensaje acerca de él. El mensaje que Pablo predicó lo recibió directamente de Jesucristo: “. . . el evangelio anunciado por mí [otra forma de decir ‘mi evangelio’] . . . yo ni lo recibí, ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:11-12). Cuando Pablo decía “mi evangelio”, lo hacía en el sentido de que era él quien lo estaba proclamando. Él predicaba el mismo mensaje, cuyo autor es Dios.

En Hechos 20:24 leemos que las buenas noticias se llaman “el evangelio de la gracia de Dios”. Desde el principio somos llamados

por gracia, justificados por gracia y salvos por gracia (Gálatas 1:6, 15; Romanos 3:24; Efesios 2:8). “El evangelio de la gracia” es simplemente otro término correcto que hace énfasis en determinado aspecto del mismo evangelio que Jesús predicó: Dios expresa su inmenso amor hacia la humanidad por medio de la gracia.

Este mensaje también es llamado “el evangelio de vuestra salvación” (Efesios 1:13). Esto no plantea ninguna contradicción, ya que entrar en el Reino de Dios es sinónimo de recibir la salvación. El Reino de Dios y la salvación son términos que se complementan.

En Efesios 6:15 (ver también Romanos 10:15) encontramos que se le considera como “el evangelio de la paz”. El Reino de Dios traerá paz a la humanidad, pues la paz es uno de los resultados de creer y de actuar conforme a lo que el evangelio nos enseña. En Isaías 9:7, una profecía acerca del Reino de Dios, leemos: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite”.

Todos estos términos describen el mismo evangelio —las buenas nuevas del Reino de Dios— aunque hacen énfasis en diferentes aspectos de este maravilloso mensaje. Jesús vino predicando el evangelio del Reino de Dios (Marcos 1:14-15), les dijo a sus discípulos que continuaran predicándolo (Mateo 10:7) y después de su crucifixión, cuando se apareció a sus discípulos, volvió a hablarles del Reino de Dios (Hechos 1:3). Los discípulos continuaron predicando el mismo evangelio después de la resurrección de Cristo, pero con el nuevo entendimiento acerca del significado del sacrificio y la resurrección del Salvador. Las formas de referirnos al tema pueden variar, pero el mensaje es el mismo.

La maravillosa verdad es que este extraordinario mensaje es el mismo evangelio que nunca cambia y “es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16).

exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22). Y más tarde, en Éfeso, “entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios” (Hechos 19:8).

Al referirse a la enseñanza que impartió en Corinto, Pablo la describió como referente al “reino de Dios” (1 Corintios 4:20), y en Colosenses 4:11 aludió a sus compañeros como “los únicos” que le ayudaban “en el reino de Dios”. Y en los últimos días de su ministerio, cuando Pablo se hallaba bajo arresto domiciliario en Roma, recibía visitantes “a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde”. Y es muy interesante lo que nos dice a continuación: que se basaba en la ley de Moisés y en los profetas para predicar acerca de Cristo y del Reino de Dios (Hechos 28:23).

Las enseñanzas de Pablo han sido frecuentemente tergiversadas y se ha dicho que él se limitó a predicar sobre la vida, muerte y resurrección de Cristo. La realidad, sin embargo, es que Pablo predicó un mensaje en el que estaban presentes tanto Jesucristo como el Reino de Dios. Los últimos versículos del libro de los Hechos nos lo demuestran claramente: “Y Pablo permaneció dos años enteros . . . predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento” (vv. 30-31).

Aquellos que siguieron el camino de Jesucristo enseñaron el mismo mensaje que él enseñó. El libro de los Hechos y las cartas que los apóstoles escribieron a la Iglesia primitiva son la prueba de que ellos enseñaron acerca del Reino de Dios.

El evangelio antes de Jesucristo

Muchos dan por sentado que el primero que introdujo el tema del evangelio fue Jesús, durante el tiempo de su ministerio; sin embargo, en Apocalipsis 14:6 se nos dice que este mensaje es mencionado como “el evangelio eterno”, lo que nos demuestra que existía desde mucho antes de la predicación de Jesús.

En Hebreos 3:16-19 podemos leer acerca de la incredulidad de Israel y del trágico fin de todos aquellos que no pudieron entrar en la Tierra Prometida. En Hebreos 4:2 la narración continúa: “Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva *como a ellos*”. Israel oyó el evangelio, pero fracasó debido a su falta de fe y desobediencia (v. 6).

Siglos antes, también el patriarca Abraham había oído el evangelio (Gálatas 3:8). Estos pasajes nos confirman que el evangelio había sido proclamado antes de que Jesús lo anunciara.

Jesús nos describe cómo, a su regreso, recompensará a todos aquellos que hayan seguido fielmente los caminos de Dios. Por esto sabemos que el

Reino de Dios ha sido planeado con mucha anterioridad: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros *desde la fundación del mundo*” (Mateo 25:34).

Desde el principio, las buenas noticias del glorioso futuro de la humanidad han sido parte del plan de Dios. También desde el comienzo estaba planeado el papel que desempeñaría Jesucristo en dicho plan, incluyendo el sacrificio que pagaría por los pecados de la humanidad (Apocalipsis 13:8; 1 Pedro 1:18-20). Estas fueron las buenas nuevas que Abraham recibió: que por medio de un descendiente suyo, Jesucristo, todas las naciones serían bendecidas (Gálatas 3:8, 16).

Antes de Jesucristo, muy pocos entendieron

Aun antes de que Jesucristo realizara su ministerio, los siervos de Dios predicaron acerca de su reino venidero. El rey David, en algunos de los salmos, habló de la futura realidad del Reino de Dios. En Salmos 145:10-13 escribió: “Te alaben, oh Eterno, todas tus obras, y tus santos te bendigan. La gloria de tu reino digan, y hablen de tu poder, para hacer saber a los hijos de los hombres sus poderosos hechos, y la gloria de la magnificencia de su reino. Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío en todas las generaciones”.

El profeta Daniel también conocía acerca del Reino de Dios y fue inspirado a escribir acerca de su futura manifestación: “Que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán” (Daniel 7:27).

Sin embargo, a pesar de que el evangelio fue proclamado a lo largo de los siglos, muy pocos lo entendieron hasta que Jesús y sus apóstoles empezaron a declararlo al mundo.

¿Por qué sucedió esto? Como vimos en Hebreos 3:19 y 4:2, la antigua nación de Israel no tuvo la fe necesaria para actuar de acuerdo con la voluntad de Dios. Además, el Antiguo Testamento no aportaba todos los elementos necesarios para ver el panorama total; encontramos varias referencias al Reino de Dios, pero un entendimiento más completo solo fue posible con la venida de Jesucristo, el verdadero revelador de “los misterios del reino de Dios” (Lucas 8:10).

Cuando Jesús predicó el evangelio del Reino de Dios, edificó sobre la base de lo que su Padre había planeado originalmente y que había sido revelado por los antiguos profetas. Pero como Mensajero del reino, él reveló verdades fundamentales que nunca habían sido entendidas según la perspectiva exclusiva de las profecías del Antiguo Testamento.

Uno de los aspectos menos comprendidos acerca del reino, y que en realidad no fue aclarado sino con la venida de Cristo, es el hecho de que

transcurrirían muchos siglos entre su primera venida como el Cordero de Dios (Juan 1:29) y su retorno como el victorioso Rey de reyes (Apocalipsis 19:11-16). En su primera venida él cumplió una parte fundamental del evangelio: su sacrificio hizo posible el perdón de nuestros pecados, la justificación y la posibilidad de entrar en el Reino de Dios. Cuando regrese, va a establecer ese maravilloso reino.

La Biblia proclama consistentemente el Reino de Dios desde Génesis hasta Apocalipsis, y este mensaje ha sido anunciado por los siervos de Dios a través de los siglos. Resulta paradójico que hoy por hoy el aspecto menos entendido del evangelio sea el mismo que fuera explicado más clara y ampliamente en numerosas profecías del Antiguo Testamento: *que el Reino de Dios será un reino literal regido por el Redentor profetizado*.

Muchos suponen que la asombrosa verdad de que los seguidores de Jesucristo recibirán la vida eterna en un reino eterno hace totalmente innecesaria la existencia de un gobierno literal que rija la Tierra. Pero ¿qué nos dice la Biblia al respecto? Dejemos de lado cualquier idea preconcebida que podamos tener y creamos lo que la Palabra de Dios tan claramente nos enseña.

La promesa de un reino venidero

“En los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

Hemos visto que Jesús y los apóstoles predicaron el evangelio –las buenas nuevas– del Reino de Dios. ¿En qué consiste, exactamente, este reino?

Existen muchas ideas acerca del Reino de Dios. Algunos creen que es la iglesia, otros lo definen como un concepto etéreo que se encuentra dentro de los cristianos, y hay quienes piensan que es la bondad propia de la humanidad. Pero ¿qué nos dice la Biblia al respecto? ¿Qué es, realmente, el Reino de Dios?

La palabra griega que a lo largo del Nuevo Testamento se traduce como “reino” es *basileia*, la cual “denota soberanía, poder regio, dominio” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 3:340). Si examinamos cuidadosamente lo que la Biblia nos enseña, veremos que la próxima etapa del Reino de Dios será nada menos que ¡una monarquía establecida por Dios! Cuando Jesucristo vuelva a la Tierra, será su único Monarca y regirá eternamente sobre todas las naciones (Apocalipsis 11:15).

Un vistazo a los gobiernos humanos

Esta sorprendente verdad se encuentra en muchos pasajes bíblicos. El profeta Daniel, inspirado por Dios, describió la sucesión de gobiernos humanos que tendría lugar en un periodo de varios miles de años. Esta profecía, que se encuentra en Daniel 2:28-45, describe la visión que tuvo el rey Nabucodonosor acerca de cinco imperios mundiales. Al leer estos versículos podemos ver que el Reino de Dios, descrito como el quinto gobierno, es un reino *literal* que aún no ha sido establecido sobre la Tierra.

Según leemos en este pasaje, Nabucodonosor había soñado con una gran imagen que tenía la forma de un hombre, con la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies compuestos de una mezcla de hierro y barro cocido. Dios le había dado a su profeta Daniel, quien servía en la corte de Nabuco-

donosor, la capacidad de interpretar sueños (Daniel 1:17; 2:28). Por inspiración divina, Daniel reveló que las cuatro secciones de la imagen correspondían a cuatro imperios mundiales que existirían sucesivamente. Dios, por medio de Daniel, identificó al primero de estos gobiernos, representado por la cabeza de oro, como el Imperio babilonio (Daniel 2:38).

En Daniel 8:1-21 leemos acerca de una visión posterior que identifica a los dos gobiernos siguientes. En las Escrituras, estos reinos aparecen con los nombres de “los reyes de Media y Persia” y “el reino de Grecia” (vv. 20-21). La historia nos comprueba que el Imperio babilonio fue conquistado por el Imperio Persa (según leemos en Daniel 5:30-31) y que éste, a su vez, sucumbió ante Alejandro Magno, emperador de Grecia.

Los cuatro gobiernos del sueño de Nabucodonosor se describen nuevamente en el capítulo 7, esta vez con la apariencia de bestias. La característica opresora y dominante de cada imperio sobre sus súbditos está representada por un animal salvaje.

El cuarto imperio se describe como uno particularmente cruel. Según la historia, al reino de Alejandro Magno le sucedió el Imperio romano. Este último se destaca porque desafía la autoridad de Dios y persigue a sus santos (Daniel 7:25). Tiene 10 cuernos (v. 7), que representan los 10 resurgimientos de esta cuarta potencia mundial (v. 24). Estos resurgimientos se han sucedido a lo largo de los siglos hasta nuestros días, y la última y final restauración de este imperio estará en plena vigencia cuando regrese Jesucristo (vv. 8-14).

¿Ha venido ya el reino?

Jesús profetizó acerca de un tiempo de gran tribulación y angustia, sin precedentes en la historia de la humanidad. Esta época se caracterizaría por el engaño religioso, guerras, terremotos, hambres y epidemias, además de otras catástrofes (Lucas 21:7-28). Pero junto con describir estos eventos, afirmó que nada de esto indicaría que el Reino de Dios ya había sido establecido sobre la Tierra.

Jesús dijo que, después de que todo esto ocurra, los que aún estén con vida “verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria” (Lucas 21:27). Dijo además: “Cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios” (v. 31).

En otras ocasiones Jesús ya había hablado

claramente acerca de este tema. ¿Cuántas veces se han repetido de memoria las palabras de lo que se conoce como el “Padre nuestro”, sin que la gente se percate del significado que éstas tienen? Jesús pronunció estas palabras porque sus discípulos le pidieron que les enseñara a orar. “Vosotros, pues, oraréis así”, les contestó. “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. *Venga tu reino*” (Mateo 6:9-10).

Esta instrucción no admite la posibilidad de que el Reino de Dios ya se haya establecido entre nosotros, sino que nos enseña que ¡debemos clamar fervientemente para que venga pronto!

Cuando Pilato estaba interrogando a Jesús antes de entregarlo para ser crucificado, éste

Dios reemplazará los gobiernos humanos

En la época de este cuarto imperio, Dios va a reemplazar los gobiernos humanos con su reino eterno: “En los días de estos reyes *el Dios del cielo levantará un reino* que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él *permanecerá para siempre*” (Daniel 2:44). El cuarto imperio regirá hasta que Jesucristo regrese para establecer su reino sobre la Tierra.

El Reino de Dios, profetizado tantas veces en el libro de Daniel, es el mismo que Jesús anunció. La naturaleza de este reino es evidente. Las cuatro potencias descritas en Daniel 2, 7 y 8 eran gobiernos literales que regían sobre pueblos y sobre sus tierras. Eran grandes imperios mundiales que tenían poder y dominio para gobernar y que peleaban contra otras naciones para conquistarlas. Fueron reinos *literales*, y aún podemos ver sus ruinas.

De igual manera, lo que encontramos descrito en Daniel 7:27 es un reino *literal* que va a regir sobre toda la Tierra: “Que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos *debajo de todo el cielo*, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y *todos los dominios le servirán y obedecerán*”.

El versículo 14 aclara aún más que va a ser un reino literal que dominará todo el mundo. Daniel describió lo que vio en una visión sobre Jesucristo en el futuro: “Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que *todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran*; su dominio es dominio

le dijo: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí” (Juan 18:36). Pilato le preguntó entonces si él era rey, y Jesús le contestó: “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad” (v. 37).

En Hebreos 11 encontramos una descripción de la fe de los siervos de Dios a lo largo de las edades. En los versículos del 13 al 16 está el resumen de sus vidas y sus experiencias: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen,

claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad”.

Aun el patriarca Abraham “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (v. 10).

Aunque los siervos de Dios en la actualidad experimentan en sus vidas un anticipo de lo que será el Reino de Dios, muchos pasajes de la Escritura nos confirman que este reino todavía no se ha establecido en la Tierra, pero que en algún momento del futuro vendrá tal como Dios lo ha prometido.

eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”.

Las grandes potencias serán destruidas

La esencia del mensaje que proclamó Jesucristo es que el Reino de Dios vendrá; Jesús regresará para establecerlo y él mismo será su Gobernante. En Apocalipsis 11:15 podemos leer una profecía específica acerca de este acontecimiento: “El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: *Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo*; y él reinará por los siglos de los siglos”. Jesucristo asumirá el gobierno sobre *las naciones literales de este mundo*.

El hombre ha comprobado ser totalmente incapaz de resolver los males que le agobian, los cuales, de hecho, ponen en peligro la supervivencia de la humanidad. Ello se debe a que ha rechazado la Palabra de Dios, fuente

¿Está el Reino de Dios dentro de nosotros?

Son muchos los que creen que Jesús enseñó que el Reino de Dios existe solamente en los corazones y las mentes de las personas creyentes. Para afirmarlo, se basan en Lucas 17:20-21, tal como está traducido en algunas versiones de la Biblia.

Por ejemplo, en la Nueva Biblia Española leemos: “A unos fariseos que le preguntaban cuándo iba a llegar el reinado de Dios les contestó: La llegada del reinado de Dios no está sujeta a cálculos, ni podrán decir: míralo aquí o allí; porque, miren, ¡dentro de ustedes está el reinado de Dios!”

La afirmación de que el Reino de Dios está dentro de cada uno de nosotros es incorrecta por varias razones importantes. La palabra griega *entos*, traducida como “dentro” en la Nueva Biblia Española y algunas otras versiones de la Biblia (entre ellas, la Versión Moderna y la de las Ediciones Paulinas), debería traducirse en este pasaje como “entre” o “en medio de”, y de hecho se traduce así en la mayoría de las versiones de la Biblia. La versión Reina-Valera, revisión de 1960, dice correctamente: “He aquí el reino de Dios está *entre* vosotros” (v. 21, énfasis nuestro).

Si analizamos este pasaje cuidadosa-

mente, veremos que Jesús no podía estarles diciendo a los fariseos que el reino era algo que existía dentro de ellos, ¡pues los fariseos querían destruirlo! (Mateo 12:14; Marcos 3:6). La corrupción de los fariseos se confirma también en Mateo 15:1, 7-9; Marcos 7:1, 6-7; Lucas 16:14-15 y otros pasajes).

Jesús quería destacar el hecho de que los fariseos no tenían el discernimiento espiritual necesario para poder entender que el mensaje del Reino de Dios estaba a su alcance y que ellos podían recibirlo (Mateo 23:15-17). Además, refiriéndose a sí mismo Jesús les hizo ver que “el reino de Dios está entre vosotros” o “en medio de vosotros”. Estos dirigentes religiosos, espiritualmente ciegos, no pudieron reconocer a Jesús como el representante divino de ese reino.

Él no les dijo a los fariseos que el Reino de Dios era algo que estaba dentro de ellos; antes bien, les recaló que estaban tan ciegos que no podían reconocer que él era la personificación de ese reino.

Ni en este pasaje ni en ningún otro encontramos razones para creer que el Reino de Dios reside dentro de nosotros.

¿Es la Iglesia el Reino de Dios?

Algunas personas piensan que la Iglesia es el Reino de Dios, y aunque existe cierta relación entre ambos, no son lo mismo. Jesucristo es la Cabeza de la Iglesia (Efesios 1:22), la cual es el grupo de creyentes que Dios ha llamado para proclamar la venida del reino.

Cristo es el Soberano de su Iglesia, de

manera que ésta se encuentra bajo su autoridad real. Por lo tanto, podríamos decir que la Iglesia es precursora del Reino de Dios.

La Biblia no utiliza el término *reino* como referencia directa a la Iglesia. Antes bien, lo emplea para designar el gobierno universal de Dios que será instaurado cuando Cristo venga a la Tierra como Rey de reyes y Señor de señores.

de conocimientos y orientación que solo el Creador del género humano nos puede proporcionar. El camino de vida que Dios revela en la Biblia es el único que puede traernos paz, armonía y verdadero bienestar. Un aspecto importantísimo del evangelio del Reino de Dios es que Dios va a establecer un gobierno mundial que sí pondrá fin a todos nuestros males. Este gobierno reemplazará todas las monarquías, oligarquías, democracias, dictaduras y demás regímenes humanos, ¡y Jesucristo mismo lo encabezará!

Este es el evangelio –las buenas noticias– que Jesús enseñó. El meollo del mensaje es el anuncio de un gobierno mundial que regirá todas las naciones (Lucas 21:31). El Rey de ese gobierno será Jesucristo, quien lo administrará bajo la autoridad del Dios todopoderoso; el poder ya no estará en las manos de hombres egoístas y beligerantes.

Daniel no fue el único profeta que habló acerca del reinado de Jesucristo. En Miqueas 4:1-3 también encontramos una descripción de esta maravillosa época de paz: “Acontecerá en los postreros tiempos que el monte de la casa del Eterno será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos. Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra”.

Cuando Jesucristo establezca su gobierno, tal como leemos en este pasaje, la humanidad por fin entenderá cuán grandes bendiciones se derivan de la obediencia a la ley de Dios y deseará sinceramente seguir este camino de vida. Jesucristo resolverá los problemas que se presenten entre las naciones y corregirá a los pueblos que no quieran aceptar su dirección y autoridad (Zacarías 14:16-19).

Profecías acerca del reinado de Jesucristo

En el conocido pasaje de Isaías 9:6-7 se describe la clase de gobernante que será Jesús: “El principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmando en juicio y en justicia desde ahora y para siempre”.

El futuro reinado de Jesucristo tendrá como principales características el “juicio” y la “justicia”, algo completamente opuesto a la injusticia, impiedad, opresión e ineficacia que caracterizan a todos los gobiernos humanos. La paz florecerá en todo el mundo: en los matrimonios, las familias, las comunidades y las naciones. Como la profecía nos lo indica, bajo el reinado de Jesucristo ¡la paz no tendrá límite! El Príncipe de Paz traerá armonía y buena voluntad a un mundo que jamás ha conocido la paz verdadera.

Bajo el reinado justo y sabio de Jesús, la humanidad aprenderá por fin los caminos de Dios y, por consiguiente, gozará de una paz maravillosa. Las instituciones educativas enseñarán a las personas no solamente cómo ganarse la vida sino también cómo vivirla de manera que puedan disfrutar de paz, armonía y felicidad. Se les enseñarán amplia y detalladamente

¿En qué sentido hemos sido trasladados al reino?

En Colosenses 1:13 se nos dice que los santos físicos han sido *trasladados* al reino. Visto de esta forma, quiere decir que los cristianos ya nos encontramos en el Reino de Dios. Sin embargo, esto es imposible, porque en 1 Corintios 15:50 nos dice que “la carne y la sangre [los seres físicos] no pueden heredar el reino de Dios”.

Parte de esta confusión se debe a que la voz griega *basileia* (que en este pasaje se traduce como “reino”) significa no solo un reino literal, sino que también “denota soberanía, poder regio, dominio” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 3:340).

Este pasaje de Colosenses nos muestra que el poder y la soberanía de Dios se ejercen en la vida del cristiano a partir del momento de su conversión. En este versículo la palabra *reino* no se refiere al territorio sino a la autori-

dad, el poder y la soberanía de un rey; quiere decir que el cristiano ya no se encuentra bajo el dominio de las tinieblas (de Satanás), sino bajo la autoridad bondadosa del Hijo de Dios.

En casi todas las demás ocasiones en que la palabra *basileia* se usa en relación con el Reino de Dios, el aspecto que resalta es el poder y el dominio literales que Cristo va a tener cuando regrese a la Tierra (Mateo 6:33; Apocalipsis 11:15). Los cristianos, como “herederos de Dios” que están siendo preparados para entrar en ese reino venidero (Romanos 8:15-17; Mateo 25:34; Apocalipsis 20:4, 6), actualmente están sujetos a la soberanía y la autoridad del reino, aunque todavía no lo han heredado ni residen en él.

Jesucristo, Rey del futuro reino, es el Amo y Señor de los cristianos en la actualidad

los principios bíblicos para cultivar y mantener relaciones interpersonales positivas y armoniosas. Dios nos dice: “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque *la tierra será llena del conocimiento del Eterno*, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9). Este maravilloso conocimiento de Dios estará disponible para incontables millones de personas que jamás han tenido la oportunidad de recibirlo. Como resultado, a todos se les dará la oportunidad de recibir la salvación y entrar en el Reino de Dios.

El origen de los males de la humanidad

¿Por qué el hombre, aun después de tantos siglos de probar diferentes clases de gobiernos y administraciones, ha sido totalmente incapaz de resolver sus problemas? La respuesta a este interrogante es que la humanidad simplemente no sabe cómo debe conducirse. Por medio del profeta Jeremías, Dios nos advierte: “. . . ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jeremías 10:23).

El rey Salomón nos dice: “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12; 16:25). Por generaciones la humanidad ha confirmado la penosa realidad de esta afirmación. Este mundo nunca ha conocido una época sin guerras, conflictos, dificultades y sufrimientos. Hemos llegado al punto en que tenemos la

(Filipenses 2:9-11). Dios gobierna la vida de todos aquellos cristianos convertidos que voluntariamente se someten a él y obedecen sus leyes. Ellos se sujetan a la *basileia* de Dios, es decir, a su poder y soberanía. Cada uno, individualmente, forma parte de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, que también está gobernada por Dios. La Iglesia, ese organismo espiritual, espera y anhela el momento en que el gobierno de Dios se imponga literalmente sobre todas las naciones y su *basileia* se manifieste totalmente.

Si leemos Colosenses 1:13 dentro del contexto en que se encuentra, será más claro su significado. En el versículo 9 encontramos ciertas expresiones usadas muy comúnmente por Pablo y Timoteo en sus oraciones. Por ejemplo, ellos estaban muy agradecidos de Dios porque los había hecho aptos para participar de la herencia de los santos (v. 12). Sabemos que esta herencia, la vida eterna, no puede ser recibida hasta el momento del regreso de Cristo (1 Corintios 15:50-52;

Romanos 8:17) y es por esta razón que los santos son llamados en la Biblia los “herederos” del reino (Santiago 2:5). Colosenses 1:13 continúa con este tema y agrega que aquellos herederos que anteriormente no lo eran, habían sido “trasladados” o transferidos del poder de las tinieblas al Reino de Dios.

Nosotros, como santos contemporáneos, cambiamos nuestro sistema de gobierno al momento de nuestra conversión. Aunque el Reino de Dios no ha sido establecido literalmente, vivimos en obediencia y sometimiento a él.

En 2 Corintios 5:20 Pablo emplea la palabra *embajadores* para ayudarnos a entender nuestra condición. Un embajador es una persona que representa un reino o gobierno y reside en una nación diferente de la que representa. Nosotros, como embajadores del Reino de Dios, lo representamos viviendo de acuerdo con sus leyes y su camino de vida en la sociedad en la que nos desenvolvemos. Pero todavía no residimos en el Reino de Dios.

capacidad de destruir –¡varias veces!– todo vestigio de vida sobre la faz de nuestro planeta.

¿Por qué ocurre todo esto? Por medio de sus profetas, y por espacio de muchos siglos, Dios nos ha reiterado cuál es la causa de los males que nos agobian. La supervivencia del género humano se ve amenazada *¡porque hemos rechazado a Dios!* Por inspiración divina, el rey David describió así a la humanidad: “Se han corrompido, hacen obras abominables; *no hay quien haga el bien*. El Eterno miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; *no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno*” (Salmos 14:1-3).

El profeta Jeremías nos dice que el hombre ha sido cegado por el engaño de sus motivaciones e intenciones malvadas: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9).

La humanidad se ha separado de Dios

El profeta Isaías agrega: “He aquí que no se ha acortado la mano del Eterno para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero *vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios*, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír. Porque vuestras manos están contaminadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios pronuncian mentira, habla maldad vuestra lengua. *No hay quien clame por la justicia, ni quien juzgue por la verdad*; confían en vanidad, y hablan vanidades; conciben maldades, y dan a luz iniquidad . . . Sus pies corren al mal, se apresuran para derramar la sangre inocente; sus pensamientos, pensamientos de iniquidad; destrucción y quebrantamiento hay en sus caminos. No conocieron camino de paz, ni hay justicia en sus caminos; sus veredas son torcidas, cualquiera que por ellas fuere, no conocerá paz. Por esto se alejó de nosotros la justicia, y no nos alcanzó la rectitud . . .” (Isaías 59:1-4, 7-9).

Los caminos de Dios son totalmente diferentes de los del hombre: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Eterno. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9).

El apóstol Pablo nos describe las consecuencias inevitables de rechazar a Dios y sus mandamientos santos, justos y buenos: “Como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes

a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican” (Romanos 1:28-32).

Jesucristo intervendrá para salvar a la humanidad

Si se le permitiera, ¡el hombre borraría toda forma de vida de sobre la faz de la Tierra! Esto es inquietante, pero es la verdad. Jesús nos dice que *tendrá que intervenir* para librarnos de nosotros mismos: “Habrà entonces una angustia tan grande, como no la ha habido desde que el mundo es mundo ni la habrá nunca más. Si no se acortaran aquellos días, *nadie escaparía con vida*; pero por amor a los elegidos se acortarán” (Mateo 24:21-22, Nueva Biblia Española).

Refiriéndose a los tiempos que precederán a su retorno, él afirmó: “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la Tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria” (vv. 29-30).

En Apocalipsis 19:11-16 podemos leer más detalles acerca de este acontecimiento: “Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas;

Se ha acercado el Reino de Dios

Cuando Jesús comenzó a anunciar el Reino de Dios, dijo: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:15; Mateo 4:17). La palabra griega que ha sido traducida como “se ha acercado” es *engizo*, que significa aproximarse a algo; no significa que ya está aquí establecido, sino que está cerca. La mayoría de las diferentes traducciones de la Biblia indican claramente en ambos pasajes que el Reino de Dios no ha llegado aún, sino que está cerca.

Lo que Jesús dijo tenía que ver con el mensaje del reino y con el hecho de que el Rey de ese reino estaba accesible para ellos. En este sentido, el reino estaba muy cerca de

ellos, aunque se demoraría mucho tiempo en ser establecido literalmente, como Dios se lo había revelado al profeta Daniel.

Jesús era la personificación del mensaje del Reino de Dios. Era el futuro gobernante, el Rey de este reino; era su representante y por medio de él la humanidad podría entrar a formar parte del reino.

Su mensaje exhortaba a las personas a arrepentirse, a creer las buenas noticias que él estaba proclamando y a poner por obra ese nuevo conocimiento para que sus vidas cambiaran y reflejaran las creencias y el compromiso que por medio del arrepentimiento habían adquirido.

y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES”.

Profecías del Reino de Dios venidero

Por medio de sus profetas, Dios revela cómo será transformado nuestro mundo bajo el reinado de Jesucristo. Veamos algunas profecías acerca de ese maravilloso mundo venidero:

Un tiempo de paz sin precedentes

“... martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente...” (Miqueas 4:3-4).

“No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9).

Se transformará la naturaleza de los animales

“Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará” (Isaías 11:6).

Abundancia agrícola

“He aquí vienen días, dice el Eterno, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán... plantarán viñas, y beberán el vino de ellas, y harán huertos, y comerán el fruto de ellos” (Amós 9:13-14).

“... Haré descender la lluvia en su tiempo; lluvias de bendición serán. Y el árbol del campo dará su fruto, y la tierra dará su

fruto...” (Ezequiel 34:26-27).

Los desiertos serán transformados

“... aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas...” (Isaías 35:6-7).

Los enfermos serán sanados

“Los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo...” (Isaías 35:5-6).

Se transformará la naturaleza humana

“Les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios” (Ezequiel 11:19-20).

Las naciones obedecerán a Dios

“Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas...” (Miqueas 4:2).

Cristo reinará sobre las naciones

“Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro... Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite...” (Isaías 9:6-7).

Para conocer más sobre los eventos profetizados que van a ocurrir antes del regreso de Cristo, no dude en solicitar o descargar nuestros folletos gratuitos: *¿Estamos viviendo en los últimos días?*, *Usted puede entender la profecía bíblica*, *El Apocalipsis sin velos*, y *El Cercano Oriente en la profecía bíblica*.

Un reinado sempiterno

Jesucristo establecerá en la Tierra un gobierno literal: el del Reino de Dios. Pero aquí no termina todo; veamos lo que nos dice Apocalipsis 11:15: “El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y *él reinará por los siglos de los siglos*”.

Hemos estudiado que cuando Cristo regrese, establecerá un reino literal que regirá sobre todas las naciones. Según leemos en Apocalipsis 20:3-7, su reinado va a durar mil años. Sin embargo, en el versículo que acabamos de leer se nos dice que él reinará “por los siglos de los siglos”. En otras palabras, el período de los mil años (comúnmente llamado el *milenio*) es solamente el *comienzo* del gobierno eterno de Jesucristo en el Reino de Dios.

El propósito primordial del gobierno milenario de Jesucristo con los santos resucitados es el de permitir que toda la humanidad tenga la oportunidad de entrar en este reino eterno. Millones de personas que estarán vivas en el momento del regreso de Cristo vivirán bajo su gobierno y serán los progenitores de muchas generaciones que nacerán y vivirán a lo largo del milenio; todos ellos tendrán la oportunidad de ser transformados de seres físicos a seres espirituales y de entrar en el eterno Reino de Dios.

Jesús dejó muy claro que el Reino de Dios es un reino *eterno*; no durará solo mil años. En Mateo 19:16 vemos que un joven rico se acercó a Jesús y le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la *vida eterna*?” Jesús procedió a explicarle lo que debía hacer. Cuando fue evidente que el joven no estaba dispuesto a obedecerle, Jesús dijo: “. . . es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (v. 24). O sea que en este pasaje, *entrar en el Reino de Dios* se equipara con *tener la vida eterna*.

Para millones de seres humanos, la oportunidad de recibir la vida eterna (ser salvos) y de entrar a formar parte del *eterno* Reino de Dios llegará durante el reinado milenario de Jesucristo. El milenio, un tiempo de paz, felicidad y prosperidad sin precedentes, será tan solo un pequeño anticipo de las magníficas bendiciones que se disfrutarán por toda la eternidad.

Cielo nuevo y Tierra nueva

En Apocalipsis 21:1-7 se describe otra serie de acontecimientos que ocurrirán después del milenio: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva;

porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios . . . Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo”.

Desde la época de Adán y Eva, la humanidad no ha tenido acceso al árbol de la vida, símbolo de la vida eterna (Génesis 3:22-24). Pero en el Reino de Dios estará disponible para todos aquellos que obedezcan los mandamientos de su Creador: “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad” (Apocalipsis 22:14, Reina-Valera Antigua).

Al entrar a formar parte del Reino de Dios, ¡seremos sus hijos inmortales, poseedores de la vida que nunca tendrá fin!

El evangelio de Jesucristo: Salvación en el Reino de Dios

*“No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree . . .”
(Romanos 1:16).*

Jesús predicó “el evangelio del reino de Dios”, y antes de ser crucificado les dijo a sus discípulos que continuaran predicándolo. Después de su muerte y resurrección, el evangelio predicado por los apóstoles adquirió un aspecto nuevo y sobresaliente que antes no había sido posible. Con su muerte, ¡Jesús había pagado la pena de todos los pecados de la humanidad! Se había convertido en el Salvador de todo aquel que reconociera el inmenso valor de ese sacrificio, se arrepintiera de sus pecados y se sometiera obedientemente a Dios.

De la misma forma en que lo habían hecho cuando Jesús estaba con ellos, los apóstoles continuaron proclamando el Reino de Dios después de que él ascendió al cielo. Pero ahora empezaron a explicar esta nueva dimensión: que por medio del sacrificio de Jesucristo como el Salvador de la humanidad, y de su papel como nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 3:1; 4:14-16), podemos entrar en ese reino y vivir eternamente.

En la actualidad algunas personas creen que los términos “evangelio del reino” y “evangelio de Cristo” se refieren a mensajes diferentes, pero no es así. El evangelio del Reino de Dios es el mensaje que Jesús recibió del Padre y proclamó al mundo. Y el evangelio de Cristo es el evangelio del reino en el que se incluye el mensaje acerca de su vida, muerte y resurrección por el bien de la humanidad, lo que ha hecho posible que todos heredemos la vida eterna en ese reino. Así, quien quiera entrar en el Reino de Dios deberá arrepentirse de sus pecados y someterse a Jesucristo como su Señor y Salvador personal.

Después de la muerte y resurrección de Jesús, sus apóstoles entendieron más claramente el plan que Dios está llevando a cabo; esto se hace evidente en las epístolas y otros mensajes que escribieron. Los judíos que vivieron en los días de Jesús tenían la esperanza de que el “Mesías”

quitara el yugo de los gobernadores romanos en Judea y estableciera un nuevo gobierno. La palabra hebrea *Mesías* significa “ungido” y se refiere al personaje escogido especialmente por Dios como Libertador y Rey. Los discípulos de Jesús lo reconocieron como el Ungido de Dios y por eso lo llamaron *Cristo* (Mateo 16:16), palabra griega que significa “ungido” y que es el equivalente de la palabra hebrea *Mesías* (Juan 1:41; 4:25).

Un nuevo entendimiento acerca del Mesías

Al oír la frase “el evangelio de Cristo”, los judíos creyentes de la Iglesia primitiva entendían que esta frase se refería a la persona de Jesús e implicaba además otros elementos. Por cuanto la palabra *Cristo* equivale a *Mesías*, los apóstoles estaban hablando acerca del “evangelio



Después de su muerte y resurrección, el evangelio predicado por los apóstoles adquirió un aspecto nuevo y sobresaliente que antes no había sido posible. Con su muerte, ¡Jesús había pagado la pena de todos los pecados de la humanidad!

del Mesías”, o sea las buenas noticias acerca del Rey del venidero Reino de Dios. Las buenas nuevas no eran solamente que Cristo había muerto por los pecados de la humanidad, sino que el Mesías había venido una vez y que retornaría para establecer su maravilloso reinado y cumplir todas las profecías acerca del mismo.

Para los seguidores judíos de Jesús no era nuevo el concepto del reinado del Mesías (Jeremías 23:5-6; Isaías 9:6-7). Según Lucas 19:11, “ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente”. Cuando Jesús se les apareció después de su resurrección, ellos le preguntaron: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (Hechos 1:6).

Lo que los discípulos no pudieron entender cuando Jesús estaba con ellos, fue que él tenía que morir primero para pagar la pena de los pecados de la humanidad y que después volvería como el Rey conquistador que ellos esperaban. Aunque Jesús se los enseñó claramente, ellos no pudieron aceptarlo, y así lo leemos en Mateo 16:21-22: “Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas;

y *ser muerto*, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; *en ninguna manera esto te acontezca*". No solamente no pudieron entender este aspecto de la misión de Jesús, sino que ¡hasta lo rechazaron!

Era lógico que los discípulos se quedaran asombrados al ver que su dirigente era arrestado, aquel que ellos creían que los iba a liberar de la ocupación y el gobierno romanos: "Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron" (Mateo 26:56). Cuando Jesús fue juzgado, condenado y ejecutado como si fuera un vil criminal, todos ellos se dispersaron, completamente confundidos y desorientados ante el inesperado giro de los acontecimientos.

Más tarde, al recibir el Espíritu Santo en el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4), los discípulos pudieron comprender que en las Escrituras estaba profetizado que el Ungido de Dios tenía que morir y ser resucitado (Salmos 22; Isaías 52:13-53:12). El apóstol Pedro, en el primer sermón inspirado que dio a los judíos congregados en Jerusalén, les dijo que en uno de los salmos David "habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades [el sepulcro], ni su carne vio corrupción" (Hechos 2:31).

Culpabilidad personal

Al hablarles a los judíos de su época, Pedro tuvo que explicarles que la misión de Jesús en ese momento histórico no era convertirse en un liberador nacional. Antes bien, su sacrificio expiatorio le hacía desempeñar el papel de Salvador y Redentor personal: "A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos . . . Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien *vosotros* crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo" (Hechos 2:32, 36). Cuando compungidos les preguntaron: "Varones hermanos, ¿qué haremos?", Pedro les respondió: "Arrepentíos, y bautícese *cada uno* de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (vv. 37-38). Muchísimas personas respondieron a ese llamado al arrepentimiento –a un nuevo modo de vivir– y fueron bautizadas.

Pedro les hizo ver que todas las promesas referentes al Espíritu Santo y a la salvación (vv. 17-18, 21, 33, 40) eran posibles solo mediante el sacrificio y resurrección de Jesús, el Redentor prometido (vv. 24, 30-33, 36). Estas personas que escuchaban a Pedro no estaban conscientes de que necesitaban el sacrificio de Cristo *por sus propias* faltas y pecados, y que aquel inocente que habían condenado a muerte era en realidad el Redentor tan largamente esperado. Los apóstoles les ayudaron a entender este concepto esencial.

En el siguiente sermón, Pedro mostró claramente cómo el sacrificio de Cristo haría posible la entrada en el Reino de Dios: "Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo

había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:18-21).

¿Fue Jesucristo el Mesías?

¿Cuál fue el verdadero propósito de la vida de Jesucristo? ¿Cuál fue la misión que le había sido encomendada? ¿Por qué volverá a la Tierra? Las respuestas a estos interrogantes se harán evidentes una vez que examinemos lo que significa el término *Mesías*.

La palabra *Mesías* proviene del vocablo hebreo que significa “ungido”. El ungimiento indicaba, entre otras cosas, que los reyes habían sido escogidos por Dios (1 Samuel 15:1; 16:12-13; 1 Reyes 1:34). La palabra *Cristo* también significa “ungido”, pero en el griego, idioma en que fue escrito el Nuevo Testamento. Por lo tanto, este término tiene el mismo sentido que la palabra hebrea *Mesías* (Juan 1:41; 4:25).

La profecía de un rey y un reino

Los hebreos tenían claro que en las Sagradas Escrituras había muchas profecías sobre un gobernante divinamente designado que algún día restauraría la gloria y la grandeza del reino de Israel. Por ejemplo, en Isaías 9:6-7 leemos lo siguiente: “. . . y el gobierno estará sobre su hombro . . . Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite. Reinará sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia, desde ahora y para siempre . . .” (Nueva Reina-Valera).

En Jeremías 23:5 se añade: “He aquí que vienen días, dice el Eterno, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra”.

Después de que los reinos de Israel y Judá fueron conquistados por los asirios y

los babilonios respectivamente, el pueblo de Israel se aferró a las promesas de la venida de un redentor. En los tiempos de Jesús, los descendientes de los judíos que unos siglos antes habían regresado a su patria desde Babilonia, se encontraban bajo el yugo del Imperio romano. Durante ese período de opresión, ellos oraban y ansiaban que llegara el Mesías prometido, el rey conquistador que los liberaría del dominio romano y restauraría a Israel a su grandeza.

Basándose en el estudio de las profecías, ellos dedujeron correctamente que pronto debería aparecer el Mesías. Había muchas expectativas, y cuando apareció Juan el Bautista, algunos pensaron que él podía ser el Mesías. Las Escrituras nos dicen: “. . . el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo” (Lucas 3:15).

Juan dijo que él no era el Mesías, y dirigió al pueblo hacia Jesús. Uno de los seguidores de Juan, un pescador llamado Andrés, inmediatamente creyó en Jesús. “Éste halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)” (Juan 1:41). Ambos se convirtieron en discípulos de Jesús.

Jesús confirmó que era el Mesías

En una conversación con una mujer samaritana, Jesús afirmó que él era el Mesías tan esperado: “Le dijo la mujer: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo” (Juan 4:25-26).

También cuando fue sometido a juicio,

Este maravilloso mensaje motivó a miles de personas a reconocer la verdadera identidad de Jesucristo, a arrepentirse de sus pecados y a buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia. Este es un ejemplo de cómo, desde el principio, la predicación del evangelio ha hecho referencia a Jesús como el siervo que sufrió (Isaías 52:13-53:12) y ha descrito la maravillosa esperanza de su retorno como Rey de un reino que está por venir, cuando

Jesús testificó que era el Mesías: “El sumo sacerdote le volvió a preguntar, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Y Jesús le dijo: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Marcos 14:61-62).

Jesús sabía que había nacido para ser rey. Cuando Poncio Pilato lo interrogó antes de su crucifixión, le preguntó si en realidad era rey. Jesús le contestó: “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad” (Juan 18:37).

Un malentendido entre los discípulos

La mayoría de los seguidores de Jesús no entendieron que el Reino de Dios no sería establecido en ese tiempo. Ellos creían que Jesús iba a encabezar una sublevación popular que derrocaría a los romanos y establecería una nueva entidad política israelita. Incluso había entre los discípulos disputas para ver quiénes entre ellos tendrían los puestos más importantes en el nuevo gobierno (Mateo 20:20-21; Lucas 9:46; 22:24).

Tenían un entendimiento limitado. No se daban cuenta de que Jesús primero tenía que sufrir y morir por los pecados de la humanidad, y que solo después vendría como el rey victorioso que esperaban.

Cuando Jesús fue juzgado y ejecutado, los discípulos se desalentaron. Se derrumbaron sus esperanzas y sueños de poder. Por eso, Pedro y otros de los discípulos volvieron a su antiguo oficio de pescadores (Juan 21:1-3).

Aun después de que Jesús se les apareció de nuevo, todavía no comprendían. Pensaban que él establecería el Reino de Dios inmedia-

tamente: “Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:6-8).

Jesús explicó que el momento de su retorno y del establecimiento de su reino no debía ser la principal preocupación de sus siervos; de hecho, no iban a saber cuándo se establecería. Su enfoque, dijo Jesús, debía estar en la labor que les había encomendado. El Reino de Dios sería establecido a su debido tiempo.

Finalmente entendieron. Jesús de Nazaret era verdaderamente el Mesías prometido, pero primero tenía que sufrir y morir como sacrificio por el pecado. Más tarde vendría como rey triunfante para inaugurar el Reino de Dios.

Las numerosas profecías acerca del Mesías —profecías que fueron cumplidas por Jesucristo— son algunas de las pruebas más contundentes de que la Biblia es la inspirada Palabra de Dios. Los cuatro evangelios mencionan las profecías del Antiguo Testamento y muestran cómo Jesús las cumplió.

Los evangelios también hablan de su resurrección y su futuro regreso a la Tierra como rey vencedor. Ese es el mensaje de los evangelios: que Jesucristo fue el Mesías profetizado a lo largo del Antiguo Testamento. Para aprender más sobre el rol de Jesús, solicite o descargue nuestro folleto gratuito *La verdadera historia de Jesucristo*.

todas las cosas serán restauradas (Hechos 3:18-21).

¿Hacia dónde nos conduce el sacrificio de Cristo?

El apóstol Pablo comprendió claramente la gran importancia del sacrificio de Cristo y hacia dónde nos conduce. En su primera carta a los corintios, él describió así el mensaje que enseñaba: “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer

día, conforme a las Escrituras”
(1 Corintios 15:1-4).

¡Qué buena noticia es saber que Jesucristo sacrificó su vida en lugar nuestro! ¡Qué noticia tan maravillosa es comprender que él pagó la pena de muerte que pesaba sobre nosotros!

Pero la descripción que Pablo hace del evangelio no termina aquí. Después de explicar la trascendencia del papel de



“Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho . . . Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”.

Jesucristo en nuestra salvación personal, continuó explicando la razón por la cual su resurrección es tan importante para toda la humanidad: “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; *primicias* de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos *serán vivificados*” (vv. 19-22).

Todos seremos resucitados

Pablo nos dice que *todos* los seres humanos serán vivificados (es decir, volverán a la vida) y nos muestra que esto se llevará a cabo por etapas: “Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; *luego los que son*

de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Corintios 15:23-24).

Anteriormente estudiamos cómo Jesús será el Rey de este reino venidero; pero antes de que él asuma el poder y empiece a gobernar, ¡ocurrirá la resurrección de “los que son de Cristo, en su venida”!

En todo este capítulo el apóstol explica claramente este maravilloso aspecto del evangelio. En los versículos 50-53 nos dice cómo podemos entrar en el Reino de Dios: “Esto digo, hermanos: que *la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios*, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. *Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad*”.

El propósito asombroso e inspirador por el cual Jesús nació, vivió, murió y resucitó fue el de permitir que muchísimos seres humanos pudieran resucitar a la vida eterna para “heredar el reino de Dios” (v. 50). Los seguidores de Cristo “heredarán” o entrarán en el Reino de Dios al sonido de “la final trompeta” (v. 52), el gran estruendo que señalará el regreso de Jesucristo para reinar sobre la Tierra para siempre (Mateo 24:30-31; Apocalipsis 11:15).

La vida eterna en el Reino de Dios es posible únicamente por medio de Jesucristo, “el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10).

¿Cómo podemos entrar en el Reino de Dios?

“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

Un aspecto fundamental e importantísimo del evangelio es la salvación mediante la vida, muerte y resurrección de Jesús. Él murió, fue sepultado y resucitó *para que nosotros pudiéramos recibir el perdón de los pecados y tener vida eterna en el Reino de Dios* (Juan 3:16).

Muy pocos entienden este maravilloso aspecto del evangelio: el hecho de que podamos formar parte del Reino de Dios, lo cual es sinónimo de salvación. No podemos entender en qué consiste la salvación si no entendemos esta parte del evangelio. ¿Desea usted saber cómo puede entrar en el Reino de Dios y obtener la salvación de la que nos habla la Biblia?

¡Formar parte de la familia de Dios!

¿Qué implicará realmente la salvación –la vida eterna en el Reino de Dios– para todos aquellos que la reciban? Hemos visto que la salvación consiste en la transformación de un ser humano, frágil y mortal, en un hijo inmortal de Dios. Veamos ahora cómo se expresa esto en la Epístola a los Hebreos: “En efecto, a fin de llevar a muchos hijos a la gloria, convenía que Dios, para quien y por medio de quien todo existe, perfeccionara mediante el sufrimiento al autor de la salvación de ellos. Tanto el que santifica [Jesús] como los que son santificados *tienen un mismo origen*, por lo cual Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:10-11, Nueva Versión Internacional).

¿Se había dado usted cuenta de esto? Aquellos que entren en el Reino de Dios serán todos “hermanos”, ¡serán todos hijos de Dios! Como miembros de *la familia de Dios*, serán seres espirituales que vivirán eternamente (1 Corintios 15:42-44). ¡Esto es la salvación! “Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos, cuando dice: ‘Proclamaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré’. . . Y añade: ‘Aquí me tienen, con

los hijos que Dios me ha dado” (Hebreos 2:11-13, NVI).

El hecho de que Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos nos muestra cuán íntima es esta relación familiar. Aquellos que entren en el Reino de Dios compartirán la naturaleza de Dios (2 Pedro 1:4) por toda la eternidad.

Dios hará totalmente semejantes a Jesucristo a quienes entren en su reino. El apóstol Juan nos lo dice de una manera muy explícita: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios . . . Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:1-2).

Todos los seres humanos que entren en el Reino de Dios serán transformados en espíritu; tendrán el tremendo honor de ser semejantes a Jesucristo resucitado y glorificado: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que *somos hijos de Dios*. Y si hijos, también herederos; *herederos de Dios y coherederos con Cristo*, si es que padecemos juntamente con él, *para que juntamente con él seamos glorificados*” (Romanos 8:16-17)

¡Este es el asombroso potencial de todos aquellos que recibirán la vida eterna como miembros de la familia que Dios está creando!

El hecho de resucitar como un verdadero hijo de Dios, formando parte de su propia familia inmortal, es algo tan extraordinario que resulta inútil tratar de compararlo a cualquier cosa que jamás hayamos conocido. Ninguna clase de pruebas, sufrimientos o dificultades de esta vida podrían siquiera compararse al don inestimable de la vida eterna como hijos de Dios, que de hecho nos permitirá asemejarnos a Jesucristo. ¡Ese extraordinario futuro en el Reino de Dios es el meollo del mensaje de Cristo!

La recompensa de los santos

Los santos recibirán su recompensa, comúnmente llamada “salvación”, en el momento de la resurrección de los muertos (1 Corintios 15:50-52). Esto ocurrirá cuando suene la última trompeta y Jesucristo regrese con poder y gran gloria; en ese entonces “los reinos del mundo [vendrán] a ser de nuestro Señor y de su Cristo” (Apocalipsis 11:15). Todos aquellos que sean transformados en seres inmortales formarán parte del Reino de Dios y colaborarán en el reinado de mil años de Jesucristo (Apocalipsis 20:4-6).

El evangelio del Reino de Dios nos revela que Jesucristo, junto con los santos resucitados, establecerá su gobierno en la Tierra para que todos los seres humanos tengan la oportunidad de recibir la vida eterna. Dios desea que todos lleguen a formar parte de su reino, pero cada uno a su debido tiempo (2 Pedro 3:9; 1 Corintios 15:20-26).

El evangelio nos enseña que cuando Jesucristo venga a establecer el Reino de Dios, los santos —aquellos siervos fieles de Jesús que serán resu-

citados a su regreso— gobernarán con él (Apocalipsis 5:10). Como nos dicen las profecías de Isaías, Cristo comenzará su reinado ayudando a aquellas personas que estén vivas en ese tiempo, enseñándoles los caminos de Dios. El proceso de sanar a las naciones, tanto física como espiritualmente, lo llevarán a cabo Jesucristo y sus santos resucitados (Isaías 30:20-21; 35:1, 5-6).

Los siervos fieles de Cristo serán transformados en espíritu y vivirán por siempre (1 Tesalonicenses 4:14-17; 1 Corintios 15:42-44; 50-54). La increíble promesa que Dios les hace es ésta: “El que venciere *heredará todas las cosas*, y yo seré su Dios, y *él será mi hijo*” (Apocalipsis 21:7). ¿Cuál es esa herencia? En Hebreos 2:6-8 leemos que nuestro asombroso potencial es que, como hijos glorificados de Dios, tomaremos parte en el gobierno de “todas las cosas”, es decir ¡el universo entero! Seremos reyes y sacerdotes en el Reino de Dios (Apocalipsis 1:6).

Debemos actuar

Jesús quiere que al entender el evangelio del Reino de Dios nos arrepintamos y creamos las buenas nuevas (Marcos 1:14-15).

El Reino de Dios es algo en el cual debemos *entrar* (Marcos 10:23-25), y el primer paso es arrepentirnos y creer en el evangelio. Por medio de Jesucristo podemos buscar el perdón y la reconciliación con Dios, para empezar a vivir de acuerdo con las leyes de su reino tal como Jesús las enseñó. Todos aquellos que se rehúsen a vivir de acuerdo con los caminos de Dios no podrán entrar en su reino ni recibirán la vida eterna (1 Corintios 6:9-10; Gálatas 5:19-21; Efesios 5:5).

En Mateo 5:20; 19:23-25; Marcos 9:47, Lucas 18:17 y Juan 3:5 Jesús nos advierte acerca de los obstáculos que nos pueden impedir la entrada en el Reino de Dios. Si queremos entrar en él, es necesario que nos arrepintamos sinceramente, seamos bautizados y recibamos el Espíritu de Dios. Es necesario también que nuestra actitud sea correcta: la actitud humilde y dócil de un niño (Mateo 18:3; Juan 3:3, 5; Hechos 2:38).

(Si desea mayor información acerca del arrepentimiento, el bautismo y otros temas relacionados con la conversión cristiana, nos permitimos ofrecerle el folleto gratuito *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana*. Es una publicación que le explicará, con base en las Escrituras, los pasos necesarios para que usted pueda entrar en el Reino de Dios.)

Sin importar las dificultades y los obstáculos que se nos puedan presentar, lo más importante para nosotros debe ser buscar el Reino de Dios. Como lo expresó el apóstol Pablo: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22). Si nos esforzamos por mantener el Reino de Dios como nuestra meta principal, podremos vencer todas estas dificultades (Mateo 6:33). Jesús nos exhorta a que

oremos para que venga pronto ese reino (v. 10).

Si nuestra vida está dedicada a buscar el Reino de Dios, nuestra actitud será semejante a la de los patriarcas mencionados en Hebreos 11. Notemos especialmente las inspiradoras palabras acerca del sentido de propósito que los sostenía: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra . . . por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (vv. 13, 16).

Los patriarcas anhelaban y buscaban el Reino de Dios, y por eso se consideraban “extranjeros y peregrinos” en este mundo. Su vida estaba dedicada a ese reino, no a la vida material y física.

El mapa que nos conduce al reino

Cuando entendemos el significado de las siete fiestas de Dios, podemos tener una mayor comprensión de su reino venidero. Muchas personas consideran estas observancias como simples tradiciones judías, pero en Levítico 23:2, 4 se nos dice que son “las fiestas solemnes *del Eterno*”. Él las estableció con el propósito de ayudarnos a comprender el papel que Cristo desempeña en nuestra salvación y de enseñarnos cómo el Reino de Dios será establecido sobre la Tierra (1 Corintios 5:7-8; 11:23-29).

El apóstol Pablo se refirió a estos festivales como “sombra de lo que ha de venir” (Colosenses 2:16-17). Él y la Iglesia primitiva los celebraban porque así se mantenían conscientes del plan de Dios, que culminará en el establecimiento de su reino. Aunque muchos los criticaron por la manera de guardar las fiestas de Dios, Pablo y los cristianos de Colosas entendieron muy bien la relación que existía entre el significado de estas fiestas y el mensaje del evangelio.

Si entendemos el significado de estas santas convocaciones, podremos entender el maravilloso mensaje que Jesús proclamó: el plan que Dios tiene para que los seres humanos entren en su reino y tengan vida eterna. (Si a usted le interesa saber más acerca de estas fiestas, por favor solicite o descargue nuestro folleto gratuito *Las fiestas santas de Dios*.)

Dios está revelando esta maravillosa verdad a todos aquellos que está llamando ahora (Juan 6:44). Jesús dijo que este mensaje sería predicado en todo el mundo antes de su segunda venida: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14).

La Iglesia de Dios Unida está dedicada a la proclamación de este mensaje; y exhorta a todos aquellos que tienen la oportunidad de recibirlo a que crean el evangelio y empiecen a vivir en conformidad con él.

(Con el deseo de ayudar a quienes están buscando realmente el Reino

de Dios, les ofrecemos –completamente *gratis*– la revista *Las Buenas Noticias*. Como su nombre lo indica, *Las Buenas Noticias* está dedicada al mensaje que Jesús proclamó. Cada número de la revista contiene artículos que explican las enseñanzas de Jesús acerca del Reino de Dios y de la forma en que nosotros podemos entrar en él. Para obtener una suscripción gratuita, solo tiene que solicitarla a cualquiera de las direcciones que aparecen al final de este folleto o por medio de nuestro sitio web www.iduai.org).

Muy acertadamente, al mensaje que Jesús trajo del Padre se le llama las buenas noticias –el evangelio– del Reino de Dios. De hecho, son las mejores noticias que la humanidad puede recibir. Jesús nos exhorta a que creamos esas buenas noticias y a que busquemos primeramente el reino de su Padre (Mateo 6:33). Si así lo hacemos, Dios se complacerá en darnos el reino (Lucas 12:32).

¿Cuáles fiestas ha ordenado Dios?

Todos los países tienen sus fiestas patrias, recordatorios de importantes acontecimientos en la historia de la nación que proporcionan una continuidad entre el pasado, el presente y el futuro.

Los ciudadanos por lo general pueden explicar cuando menos algunos aspectos del significado de tales celebraciones. No obstante, paradójicamente, esos mismos ciudadanos entienden muy poco acerca de las fiestas en las que pretenden honrar y adorar a Dios. Las celebran pasando por alto tranquilamente el verdadero origen de estas prácticas religiosas.

Como resultado, la mayoría supone que las festividades de la Pascua Florida, la Cuaresma, la Navidad y muchas otras son representaciones fidedignas de acontecimientos bíblicos. Pero en ninguna parte de la Biblia se encuentra mandamiento alguno acerca de tales observancias, como tampoco se menciona que la Iglesia apostólica las haya celebrado. Por otro lado, Dios sí ordena varias fiestas, aunque para muchos son casi desconocidas.

En la Biblia se mencionan ciertas fiestas religiosas, pero muchos creen que éstas simplemente apuntaban hacia Cristo y que si él vivió hace dos mil años, entonces ya hace mucho tiempo que dejaron de estar vigentes.

Por extraño que parezca, la Biblia contradice estos conceptos tan comunes. Si estamos dispuestos a estudiarla con imparcialidad, veremos que no aprueba las festividades tradicionales del calendario cristiano. Para sorpresa de muchos, el Nuevo Testamento muestra que Jesús guardaba las fiestas bíblicas y que, muchas décadas después de su muerte, sepultura y resurrección, sus discípulos aún seguían su ejemplo y continuaban celebrándolas.

Las enseñanzas de los apóstoles después de la resurrección de Cristo también son diferentes de lo que la mayoría de la gente supone. Esas enseñanzas revelan a un Dios cuyo deseo y propósito es que todos los cristianos observen las fiestas bíblicas, por una razón extraordinaria.

Nuestro folleto titulado *Las fiestas santas de Dios* explica en forma detallada el significado de las fiestas bíblicas para el cristiano contemporáneo. Si desea obtener esta importante publicación —sin costo alguno para usted— solo tiene que solicitarla a cualquiera de nuestras direcciones o descargarla directamente de nuestro sitio en www.iduai.org. ■



Índice de referencias bíblicas

Génesis		Amós		Lucas	
3:22-24	24	9:13-14	22	3:15	28
Levítico		Miqueas		4:43	6
23:2, 4	35	4:1-3	17	8:1	6
1 Samuel		4:2-4	22	8:10	11
15:1	28	Zacarías		9:1-2	6
16:12-13	28	14:16-19	18	9:46	29
1 Reyes		Mateo		10:1, 9	7
1:34	28	3:2	8	12:32	35
Salmos		4:17	21	16:14-15	16
14:1-3	20	4:17, 23	6	17:20-21	16
22	27	5:3, 10, 19-20	7	18:17	34
145:10-13	11	5:20	34	19:11	26
Proverbios		5:34, 45, 48	7	21:7-28, 31	14
14:12	20	6:9-10	14	21:31	3, 17
16:25	20	6:10	8	22:15-18	8
Isaías		6:10, 33	8, 32	22:24	29
9:6-7	18, 22, 26, 28	6:33	20, 34, 35	Juan	
9:7	9	7:21	8	1:29	12
11:6	22	10:7	9	1:41	26, 28
11:9	19, 22	12:14	16	3:3, 5	34
30:20-21	34	15:1, 7-9	16	3:16	32
35:1, 5-6	34	16:16	26	4:25	26, 28
35:5-7	22	16:21-22	26-27	4:25-26	28
52:13-53:12	27, 30	18:3	34	6:44	35
55:8-9	20	19:16, 24	23	10:9	7
59:1-4, 7-9	20	19:23-24	7	14:6	7
Jeremías		19:23-25	34	18:36-37	15
10:23	19	20:20-21	29	18:37	29
17:9	20	23:15-17	16	21:1-3	29
23:5	28	24:14	35	Hechos	
23:5-6	26	24:21-22, 29-30	21-22	1:3	8, 9
Ezequiel		24:30-31	31	1:6	26
11:19-20	22	25:34	11, 18	1:6-8	28
34:26-27	22	26:56	27	2:1-4	27
Daniel		Marcos		2:17-18, 21, 24, 30-33,	
1:17	14	1:1	4	36, 40	27
2:28-45	14	1:14	6	2:22-24, 36	8
2:44	13, 15	1:14-15	5, 6, 9, 34	2:31-32, 36-38	27
5:30-31	14	1:15	21	2:38	34
7:7, 24-25	14	3:6	16	3:18-21	28-29, 30
7:8-14	14-16	7:1, 6-7	16	8:12	8
7:27	11, 15	9:47	34	10:36-37	9
8:1-21	14	10:23-25	34	14:22	10, 34
		14:61-62	29	19:8	10

20:24	9	1:11-12	9	11:10, 13-16	15
28:23	10	3:8, 16	11	11:13, 16	35
28:30-31	10	5:19-21	34	Santiago	
Romanos		Efesios		2:5	19
1:1	9	1:13	9	1 Pedro	
1:16	9, 25	1:22	17	1:18-20	11
1:28-32	21	2:8	9	2 Pedro	
2:16	9	5:5	7, 34	1:4	33
3:24	9	6:15	9	1:10-11	8
8:15-17	18	Filipenses		1:11	7
8:16-17	33	2:9-11	19	3:9	33
8:17	19	Colosenses		1 Juan	
10:15	9	1:9, 12-13	19	3:1-2	33
15:19	9	1:13	7, 18	Apocalipsis	
16:25	9	2:16-17	35	1:6	34
1 Corintios		4:11	10	5:10	34
4:20	10	1 Tesalonicenses		11:15	13, 16, 18, 23, 25, 31, 33
6:9-10	34	4:14-17	34	13:8	11
15:1-4	30	2 Timoteo		14:6	10
15:19-24	30-31	1:10	31	17:14	7
15:20-26	33	2:8	9	19:11-16	12, 22-23
15:42-44	32	Hebreos		19:16	7
15:42-44, 50-54	34	2:6-8	34	20:3-7	23
15:50	18	2:10-11	32	20:4-6	33
15:50-52	19, 33	2:11-13	33	20:4, 6	20
15:50-53	31	3:1	25	21:1-7	24
15:52	31	3:16-19	10	21:7	34
2 Corintios		3:19	11	22:14	24
5:20	19	4:2	11		
Gálatas		4:2, 6	10		
1:6, 15	9	4:14-16	25		

DIRECCIONES

Argentina:

Casilla 118
Centenario, Neuquén

Bolivia:

Casilla 8193
Correo Central, La Paz

Chile:

Casilla 10386
Santiago

Colombia:

Apartado Aéreo 246001
Bogotá

Estados Unidos:

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027

Teléfono: (001) (513) 576-9796

Fax (513) 576-9795

Guatemala:

Apartado Postal No. 42- F
Ciudad de Guatemala

Perú:

Apartado 11-073
Lima

E-mail: info@iduai.org

La Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*, tiene una página web. La dirección es **www.iduai.org**. Esta página provee acceso a información sobre la Iglesia, ediciones de la revista *Las Buenas Noticias*, *El Comunicado* y a nuestros folletos

Portada: Foto ilustración por Shaun Venish/ArtBeats